
DESCOLONIZACIÓN DE LAS IMÁGENES ANTIGUAS MEXICANAS.
LA IDENTIDAD NEGADA¹



Octavio Quesada García

Las imágenes

¿Cómo habrán sido?

Mesoamérica es un enorme complejo civilizador, creado por sí y de sí, como sólo ha ocurrido en unos cuantos sitios alrededor del mundo, en toda la historia humana. En México, cerca de cuarenta tradiciones culturales se sucedieron a lo largo de tres mil años, dejando a su paso abundantes evidencias de pensamientos altamente estructurados, complejos y bien desarrollados en lo que hoy reconoceríamos como muy diversas áreas del conocimiento. Las pruebas de ello han aparecido lo mismo en diminutas piezas de jade, que en sus centros urbanos y sus templos, pues los objetos aparecen siempre cargados de sentido, de manera explícita mediante signos inscritos, y por el contexto que los contiene.

Pero es tal la unidad que se percibe en la obra material de las supuestamente distintas tradiciones culturales —maya, zapoteca, teotihuacana, etc.— que salta a la vista y a la razón la existencia en todas ellas de un pensamiento central, orquestador de la unidad formal que se ofrece a los sentidos. No la suma de todos los saberes, sino aquel que los explica a todos, quien les confiere su orientación y sentido; una suerte de síntesis abarcadora de la manera de entender el mundo en su extensa amplitud, respuesta de todas las preguntas o *Cosmovisión*. Y si alguno de aquellos testimonios materiales condensa mejor ese pensamiento, ellos son, sin duda, sus centros ceremoniales y sus imágenes estilizadas, es decir, las objetivaciones del ámbito divino.

Las imágenes plásticas divinas (pintadas, modeladas, esculpidas, etc.) se destacan mediante diversos procedimientos simultáneos. Algunos

¹ Esta investigación fue apoyada en parte por el donativo C-811-2000, otorgado por el CONACYT, México.

utilizan los caracteres propios de la imagen, por ejemplo, el material, las proporciones, el grado de estilización o su complejidad gráfica; otros son externos, e incluyen el contexto, el sitio y función en la composición entera, su reiteración o unicidad en el espacio contextual y el rito.

Cada imagen es, por sí misma, expresión completa de (su) sentido, sin embargo, dispuestas a manera de contexto, por ejemplo en las cuatro esquinas de una plaza o en ambos lados de la fachada de un templo, forman parte de un discurso visual. Así, las imágenes metafísicas son elaboradas objetivaciones del pensamiento metafísico que contribuyen con su sentido en la construcción del contexto; éste, a su vez, influye sobre todo lo que contiene, incluyendo naturalmente las imágenes. El círculo virtuoso se cierra para generar atmósferas enteras de sentido que comienza y se apoya en las imágenes plásticas, en sabias alianzas con el espacio arquitectónico.

A pesar de haberse hallado imágenes en gran diversidad de contextos, es de observarse cómo la mayoría de ellos son espacios relacionados con el ámbito divino. En el espacio público hay imágenes en las fachadas de los templos principales y en las plazas asociadas, en donde puede suponerse ocurrían los actos colectivos más señalados y significativos de esas sociedades. Allí, las imágenes aparecen en las escaleras y en las fachadas, sobre pilastras y columnas, alrededor de pórticos y en el interior de los santuarios. También se colocaron dentro de otros edificios y estructuras fuera del espacio público, en áreas de acceso restringido, siempre asociadas con el ritual y el culto. Y esto se hizo en todas las fases constructivas de los templos, los cuales, como se sabe, eran cíclicamente sepultados para iniciar la construcción de uno nuevo, siempre más alto y más grande. Y en todas ellas, infaltables, las imágenes divinas ocupan sus espacios.

Las imágenes divinas se han encontrado en todo tipo de ofrendas, *siempre* ocupando un lugar sobresaliente, cuando no el más destacado o central. Todo ello, considerando la vastísima tradición votiva del México antiguo, denota su uso intensivo y su presencia permanente en muy distintos espacios y momentos de aquellas sociedades, así como su desarrollada capacidad para comportar significado.

Cómo fueron infamadas y sustituidas

Para imponer la religión católica, justificación ideológica y ética de la invasión y el empoderamiento, era crucial suprimir su contraparte

indígena. Para lograrlo, el virreinato primero la proscribió en su totalidad y prohibió toda expresión de su culto, mandó la demolición de los templos y echó abajo las imágenes sagradas, ordenó su destrucción donde quiera que se encontraran y naturalmente su reproducción fue impedida; persiguió y castigó su posesión, introdujo la noción de idolatría e instauró en México el Santo Oficio para cuidar la fe. Nunca más, se dijo, a las “cosas del demonio”, a las que ferozmente persiguieron e intentaron desaparecer hasta dónde pudieron y como se sabe, por todos los medios a su alcance. La persecución fue implacable, la barbarie no sólo imperó, sino que se le desató metódica y racionalmente para destruir una civilización entera y no dejar, así, resquicio útil a la memoria.

El siguiente paso fue la sustitución, cuyo inicio simbólico y formal podría contarse a partir del derribo de la primera imagen del Templo Mayor, y continuaría con el comienzo, allí juntito, de la catedral del virreinato y su capilla interpuesta, símbolo del otro pensamiento. Hay, aquí, dos transgresiones éticas de la mayor importancia histórica y filosófica: la imposición de una manera de pensar y el intento de destrucción de otra, ambas con larga lista de agravantes que van desde la mentira y la traición, y pasan por la violencia y la alevosía, la esclavitud y la tortura, e incluyen el genocidio por exceso de trabajo, por hambre y por enfermedad.

Respecto del proceso de sustitución de ideas y valores, las órdenes religiosas —franciscanos primero, y dominicos, jesuitas y agustinos después—, jugaron como bien se sabe un papel instrumental. Recordemos, sólo para ilustrarlo, esta cita en Bonifaz Nuño² de Juan de Tovar, al aprobar la publicación en náhuatl de los *Huehuetlatolli*, o *Libro de los viejos* que, al parecer, contenían enseñanzas de carácter ético y moral que los antiguos mexicanos transmitían a los jóvenes. Da fe y opinión Juan de Tovar:

Vi y examiné las Pláticas antiguas en lengua Mexicana, que el Padre Maestro Fray Juan Baptista [...] recogió, enmendó y acrecentó con mucha doctrina y utilidad, porque demás de haberlas reducido a las costumbres cristianas que los indios deben tener [...], están conformes a su natural...

En cuanto a las imágenes —para fortuna nuestra— se mal estimó que bastaba sepultarlas bajo tierra y expulsarlas de la memoria para que

² Rubén Bonifaz Nuño, *Olmecas: esencia y fundación. Hipótesis iconográfica y textual*, México, El Colegio Nacional, 1992, p. 18.

dejaran de existir, y a finales de 1531, se dice, un milagro ocurrió en el Cerro del Tepeyac.

Cómo nos avergonzamos de sus creadores

Tres siglos de dominación implacable, marcados por la destrucción sistemática de un mundo; el exterminio de casi 90% de la población y el expolio brutal de pueblos y recursos, son la rúbrica del periodo colonial español en nuestro territorio. Mas como si esto fuera poco, insuficiente para garantizar la imposibilidad de la vuelta del mundo antiguo, el virreinato utilizó una suerte de pinza estratégica cuyos brazos lo harían desaparecer inexorablemente. El primero fue la supresión de la memoria histórica, mediante la destrucción de sus instrumentos principales de reproducción. Por una parte, los referentes visuales (centros ceremoniales y ciudades) y los diversos tipos de comunicación gráfica (códices, cerámica, escultura, etc.). Luego, la tradición oral, también cancelada por la disgregación y reubicación de comunidades y la merma atroz de la población. Por último y más obvia —y más trascendente— fue la desaparición de todas las instituciones encargadas de preservar el conocimiento; en suma, la destrucción.

La contraparte de la pinza estratégica, y que a la larga pesaría tanto o más sobre nuestras conciencias que la desaparición del mundo visual, fue sin duda la leyenda negra que se tejió meticulosamente alrededor del mundo antiguo, muy en particular acerca de su mundo espiritual.

En efecto, muchos textos y abundantes imágenes se construyeron a su alrededor, todo con el fin de descalificar, denostar y reprobar, satanizar literalmente, sus creencias y costumbres para atribuirle a toda la cultura el carácter de ominoso que aún hoy se le pretende atribuir. Así, no hay memoria que nos hable a ciencia cierta del mundo antiguo, y sí un sentimiento falaz de vergüenza indisolublemente ligado con él, que como pecado original se nos obliga a soportar. Padecemos una suerte de colonización mental que, además de haber suprimido nuestra memoria histórica, sembró en nuestras conciencias la percepción de que en la condición indígena existe un principio de inferioridad, y en su cultura una causa de vergüenza. Ambos preceptos, así falaces como son, Occidente los cultivó y nutrió con esmero, y los reiteró y apuntaló siempre que pudo. El objetivo era que nosotros lo creyéramos y lo hicimos, en grado tal, que aún hoy lo llegamos a sostener.

Descolonización y educación basada en valores propios

Hace 500 años, la Corona española se guiaba con el mismo objetivo que caracterizaba la expansión de Europa occidental a la sazón, literalmente sobre el resto del mundo: la apropiación ilegítima del territorio, con todos los recursos humanos y naturales que contuvieren, mediante el sometimiento de sus pueblos originales. Hace 500 años lo mismo pasaba en África, en Asia y en Oceanía; hace 500 años lo mismo pasó en América.

Animados por la humana necesidad de libertad y autodeterminación, los pueblos, habitantes originales de esos territorios, han ido recobrando lenta pero inexorablemente sus legítimas soberanías a lo largo de los últimos 200 años. Dicho proceso emancipador, irreversible al ser movido por naturaleza y vocación humanas, ocurre a distintas velocidades en cada región o continente y es regido por las condiciones imperantes en el mapa geopolítico y por sus historias específicas. Pero a tal proceso que sólo busca equilibrio entre los pueblos, hoy se le opone el mismo fenómeno que en el siglo XVI rompiera todos los equilibrios, el cual no ha cesado y sólo se ha transformado: la expansión de Occidente con fines de dominio. En efecto, al sistema colonial de sometimiento de los pueblos, lo siguieron los intentos permanentes de otras potencias por situarse en el lugar de dominio de la anterior, lo cual hicieron mediante la intervención, cuando no por el ataque militar y la invasión misma, esto es, por la guerra. Luego, a todo lo largo del siglo XX, un sistema neo-colonial de control de los recursos por la corrupción de gobernantes, acompañado de sistemas de represión de la sociedad civil, que se cuentan entre los más infames de la historia reciente. Y por último, el actual, un sistema económico por principio excluyente y sin contención alguna, al que insidiosamente se le atribuye valor de imperativo sobre *toda* otra actividad humana. La invasión violenta de los territorios, como se ve, sólo fue sustituida por otros medios no menos coercitivos, y todos provenientes de Occidente. Hoy, desmedidas presiones económicas y políticas ejercidas sobre los pueblos originarios desde el exterior, continúan obstruyendo el cabal ejercicio de sus soberanías, postergando, todavía más, su autodeterminación. Y tales presiones surgen desde los centros de poder occidentales.

Hace 500 años, entonces, Occidente, compuesto por una veintena de expresiones culturales en el oeste de Europa, comenzó un proceso de expansión sobre el resto del mundo con fines de dominio absoluto. Hace 200 años —y desde entonces— los pueblos originales han venido recobrando sus territorios mediante altos costos de sangre, dolor y vidas.

Pero Occidente no ha cesado en sus propósitos de controlar los bienes y el futuro de los pueblos originales. Hoy lo hace mediante una variada gama de mecanismos, desde la deformación enajenante del consumo y el control de los mercados, hasta la ocupación militar abierta.

Por ello, de la misma manera en que el fenómeno que confrontamos desde el siglo XVI no ha modificado su esencia, tampoco se ha de modificar la de nuestra respuesta. El proceso emancipador e irreversible al que se hacía alusión líneas arriba aún está por concluirse. Ése es el proceso histórico que vivimos actualmente: la descolonización. Pero en la fase actual de tal proceso, reconquistadas en cierto grado libertad e independencia, la descolonización ha de dirigirse hacia sus diversas aristas sociales: filosóficas, creativas, educativas, económicas, políticas. Y no obstante la magnitud de semejantes retos, existe una vía probada por experiencia humana que conduce, en la paz, hacia tales propósitos: la educación basada en valores propios; la educación con identidad propia. Pero es precondition para alcanzar tal conocimiento, que la información que la describa sea empíricamente comprobable, y que se encuentre rigurosamente anclada en los fenómenos concretos. No se trata de inventarnos un pasado glorioso del que pudiéramos —malamente— sentirnos orgullosos. Se trata de conocer, con la objetividad más rigurosa posible, quiénes fueron nuestros ancestros, cuáles sus obras y cuál su cultura, para desde ahí preguntarnos, con fundamentos racionales e históricos, quiénes somos los mexicanos como pueblo.

Reflexiona Rubén Bonifaz Nuño acerca de nuestro ser:³

Del intrincado conjunto de actitudes comunitarias que siempre se han revelado como propias nuestras, resaltan dos fundamentales: el optimismo y la vocación moral de edificar. Tales actitudes se han mostrado incesantemente en nuestra resistencia a las agresiones colonizantes, las cuales por intensas que hayan sido, no han bastado a destruir nuestra esencia interior.

Ese optimismo y esa vocación, conceptos existenciaristas que dieron fundamento a nuestro hombre indígena fuerte ayer, hoy exteriormente desvalido, nos identifican ontológicamente como orgullosos constructores, aun cuando históricamente hayamos sido incomprendidos y vejados.

Quiénes apliquen su pensamiento a ese ente actual y pretérito y a sus posibilidades actuales y futuras, a fin de explicar su apertura hacia

³ *Ibidem*, p. 8.

el mundo tendrán que tomar en cuenta su voluntad de colaborar en la creación de éste, y de adjudicar sentido de perfección a lo que él construye a partir de tal creación original.

Sin la consideración de los aducidos conceptos existenciaros, no será comprensible la calidad de esta cultura nuestra, patente en obras a las cuales velan ahora las bárbaras opiniones y la incuria en que las dejamos zozobrar.